

Rohan, noble arruinado, formó con algunos amigos y un profesor holandés de idiomas, un tal Van der Enden una conspiración para suscitar una sublevación de la nobleza normanda, en cuya provincia se notó en efecto un movimiento sedicioso aumentado por efecto del dinero con que auxiliaron á los jefes España y Holanda, pero se descubrió la conjuración y los culpables expiaron su crimen en el patíbulo sin miramiento á cuna ni categoría á pesar de ser principalmente la familia de Rohan nobilísima. Esto sucedió en el tiempo en que Luis XIV auxiliaba y protegía á los mesineses sublevados contra sus gobernantes los españoles.

Estas tentativas fueron las últimas que el pueblo hizo con las armas y la fuerza material contra la opresión política de Luis XIV, cuyo despotismo pesaba de año en año con mas dureza sobre todas las clases de la sociedad. La Francia se desalentó y perdió el brio para resistir, cifrando solo en la Providencia divina todas sus esperanzas de encontrar lenitivo á sus penas y satisfacción á sus quejas mudas. El gran rey había vencido y triunfaba también de sus propios súbditos, y libre ya de temores, podía dirigir todas sus fuerzas contra los otros países, «para según la expresión enérgica del elector de Brandeburgo, trasladar su Bastilla á todos ellos».

CAPITULO V

LA INFLUENCIA FRANCESA SOBRE LOS OTROS PAÍSES EN EL APOGEO DEL REINADO DE LUIS XIV

La paz de Westfalia fué el último documento internacional que se redactó en idioma latino. Desde entonces prevaleció en todos los instrumentos y tratos diplomáticos el francés, como prueba de la superioridad material é intelectual de la Francia sobre las demás naciones. No solamente fué el francés el idioma de la diplomacia, sino que fué también el de la buena sociedad en todos los países; lo cual fué para la Francia no un halago vano, sino un beneficio muy positivo. Aprendiendo las clases elevadas á expresarse mejor en francés que en su idioma propio, adoptaban también en cuanto podían las ideas y modo de ser de los franceses, siendo el resultado un afrancesamiento casi general. El francés encontraba y acostumbró á encontrar en todas las localidades un poco importantes, y sobre todo en la buena sociedad, su propia patria, compatriotas suyos aunque falsificados y de una ley inferior, pero que en cambio le admiraban y veían en él un sér superior aunque fuese un patán; y le imitaban, y él podía mirarlos con cierta condescendencia despreciativa. Apenas se presentaba cualquier aventurero francés en un país, ya se veía obsequiado, halagado, preferido á las personas mas honradas de la población, bien colocado y colmado de honores. Con esto acostumbráronse los franceses á la petulancia, y á creerse superiores á todos, porque doquiera que se presentaban eran un centro al rededor del cual todo el mundo se agolpaba, queriendo hablar su idioma, manifestar sus ideas, admirar sus autores é imitar sus costumbres, para tomar un barniz de la gloria é ilustración del pueblo francés, considerado como el primero de la tierra. Así no debe sorprender que los franceses se hicieran audaces y petulantes creyéndose realmente superiores á todo el mundo y sus dueños y directores. Paris y Versalles, la capital del país y la de la corte de Francia, eran nada menos que los centros del mundo, porque de allí salían las órdenes del gran monarca, del cual todas las naciones esperaban trémulas su bien ó su mal, la paz ó la guerra. De estos mismos centros salían también las grandes obras de la inteligencia que eran la admiración de todas las naciones, delicia del profesor alemán como del propietario territorial inglés, del cura italiano como del gran

comerciante holandés, y que en ediciones de bolsillo no faltaban en la cámara del capitán de buque que las llevaba á los países de Ultramar. De Paris y Versalles salían las leyes de la moda caprichosa, del buen tono, siempre tiránicas y variables, pero obedecidas con una obediencia mas sumisa sobre todo por los extranjeros que la que encontraban hasta las prescripciones del mismo semi dios de Versalles. El jóven de buena familia que quería completar su educación había de pasar un año en Paris, la capital del buen gusto, desde donde volvía á su patria hecho un apóstol entusiasta del carácter amable y vivo del pueblo francés de aquella época. Antes habían ido los jóvenes ricos á Italia para recibir su pulimento entre los flexibles y elegantes nobles de Venecia, en las universidades de Bolonia y de Padua, en la sociedad florentina tan afectuosa, tolerante, poética y cortés en tiempo de la Médicis; pero á todo esto eclipsaba ya Paris. Esta capital era también el ideal de las mujeres, y hasta la duquesa Sofia de Hanover, con todas sus simpatías por la casa de Habsburgo, no encontró inconveniente en instalarse á orillas del Sena para pasar allí un año con su bella y jóven hija Sofia Carlota. A estas cualidades generales se añadía el lustre deslumbrador de las inauditas victorias, la admiración que causaban el poder colosal de la Francia y sus infinitos recursos; el esplendor fabuloso de la corte del rey, sus palacios gigantescos con sus innumerables y preciosos cuadros y estatuas, sus inmensos jardines con saltos y juegos de agua que parecían obras de hadas, sus brillantes fiestas y su sociedad refulgente de pedrería, oro y plata. Todo el mundo estaba como deslumbrado de tanta magnificencia y grandiosidad, y asombrado de ver la Francia en la cual parecían haberse unido y confundido el poder y la voluptuosidad del imperio de los césares con la fuerza intelectual y la cultura de la Grecia antigua; y así como al final de la época antigua se extendió la civilización greco-romana por igual desde el Eufrates hasta las columnas de Hércules, y desde el gran desierto de Sahara hasta la muralla construida contra los pictos en las lejanas islas británicas, del mismo modo esparcióse y dominó en todo el Occidente la civilización francesa en la época de Luis XIV. Jamás había ejercido hasta entonces otro pueblo alguno de Europa, por grandes que hubiesen sido su poderío y pujanza, una influencia semejante sobre los otros pueblos, ni los alemanes en la edad-media, ni los españoles en el siglo xv.

Las naciones no se contentaron con imitar el idioma y las costumbres francesas, sino que también procuraron tomar de Francia la política y el arte de gobernar. Para gran desgracia del mundo entero, mereció general aplauso también el sistema económico de Colbert con aranceles elevados, con prohibiciones de importación y con todo su mercantilismo nacional. Primero adoptaron la Inglaterra y la Holanda este sistema irracional y tras ellas los demás países, no obstante que no tardaron en ver sus funestos efectos en la misma industria francesa, después de un corto período de prosperidad. Así como á ejemplo de la Francia se habían aislado en política, se aislaron también todos los países bajo el punto de vista comercial procurando cada uno su ventaja y prosperidad en perjuicio y daño de los demás. En lugar del cambio mutuo de los productos, se estableció el principio de la exclusión mutua del mercado. Consumir tan poco como fuera posible de los productos de otros países era el colmo de la sabiduría económica nacional; y el ideal del gobierno levantar una muralla como la de la China entre productores y consumidores de nacionalidad distinta. La situación anti natural resultante de este sistema erróneo y que dura toda vía hoy, se debe á la influencia francesa de mediados del siglo xvii. En ninguna parte produjo esta Francia rutilante de luz,

de poderío, de riqueza y de talento una impresión tan irresistible y literalmente deslumbradora como en la Alemania, á la cual la guerra de los Treinta Años había dejado tan pobre, tan asolada, desgarrada, dividida y material é intelectualmente miserable, y esto no solamente en la masa del pueblo, en la plebe alta y baja, sino también en los talentos mas elevados. Doctos alemanes como Arminio Conring, célebre no solo como catedrático de derecho internacional y como médico, sino también como filósofo, admitieron ufanos las pensiones que les dió Luis XIV de Francia y proclamaron en cambio la gloria de este monarca y de su reinado; y el mismo Leibnitz fué durante mucho tiempo admirador tan entusiasta del rey francés, que le celebró como un segundo Carlo-Magno, soberano y protector natural de la Alemania. A excepción de unos pocos príncipes, no existía ni en la nobleza ni en el pueblo el mas pequeño rastro de patriotismo nacional; y entre aquellos pocos potentados ó príncipes soberanos desapareció también el germen rudimentario de este noble sentimiento. Las cortes, pequeñas ó grandes, se fueron afrancesando una tras otra y perdieron por esto mismo hasta la posibilidad de engendrar un vago pensamiento de orgullo nacional. Los potentados del imperio alemán no se cansaban de admirar y enviar el ilimitado despotismo de Luis XIV, su cruel explotación de la sangre y de los bienes de sus súbditos, su divinización por los grandes y las personas mas distinguidas de su reino, la admirable organización de su máquina administrativa, la ostentación y fausto que desplegaba, su numerosísimo ejército que le protegía contra todos los enemigos interiores y exteriores. Todo despertaba el instinto de imitación, aunque tosco, de estos príncipes, cada uno de los cuales aunque su principado solo tuviera un par de leguas cuadradas de superficie y mil ó dos mil habitantes, quería tener una corte deslumbradora, guardias de palacio con uniformes cargados de bordados y galones de oro, varias queridas, y además tiranizar su «pueblo», es decir á sus pobres y rudos súbditos en nombre «del interés del Estado» y de la soberanía de derecho divino, enteramente como el rey de Francia. A todo esto se agregaba la antigua costumbre discolá, brutal y revoltosa de no someterse ni obedecer á un jefe comun, conforme lo expresan muy precisamente aquellas palabras de Juan Federico de Hanover: «En mis Estados soy emperador!» Vino Luis XIV, y si antes eran tiranos para sus inferiores, no reconociendo mas derecho que el suyo propio, mas lo eran entonces, y á imitación de aquel monarca anularon las facultades de las diputaciones provinciales, donde las había, para autorizar las contribuciones; la mas leve sombra de oposición, la mas tímida resistencia fué considerada y castigada como una lesión inaudita del respeto debido al soberano. Entonces desaparecieron en casi todo el territorio alemán, ó perdieron su importancia é influencia las humildes diputaciones de provincia, donde las había, y en su lugar nacieron en todas partes palacios lujosos con su brillante corte, rigurosa y minuciosísima etiqueta, administración y cuerpo de policía severamente organizados, todo como expresión visible y palpable de la omnipotencia del príncipe. Federico II de Prusia escarnece vivamente este estado de cosas en su *Anti-Maquiavelo*, donde dice: «No hubo principillo segundo de línea lateral á quien no se le pusiera en la cabeza ser una cosa semejante á Luis XIV.» La lástima era que con insignificantes excepciones todo este enjambre de grandes y pequeños vampiros no soñaba siquiera en imitar á Luis XIV en sus cualidades nobles y elevadas, en el lozano desarrollo que supo comunicar al espíritu nacional francés, en su afán de presentarse en todos conceptos y lugares como la expresión y el representante dignísimo del pueblo francés,

y de procurar para su país la posición mas elevada y ventajosa posible en el mundo europeo. Aquellos Luises liliputienses de Alemania solo veían y comprendían la parte exterior del mundo formado por el rey Sol, porque ninguno de ellos tenía talento para ver los móviles y resortes interiores y elevadísimos de este monarca.

Un ejemplo de cuán léjos se llevaba en Alemania la imitación, y del grado de inteligencia en este pueblo, nos da el príncipe elector de Brandeburgo Federico III, el cual porque Luis XIV tenía queridas, creyendo que un príncipe respetable no podía pasar sin ellas, eligió una, no para tener relaciones inmorales, sino para retirarse con ella al alféizar de una ventana en presencia de su corte y tener ó aparentar que tenía allí una conversación íntima. Por desgracia no eran tales relaciones en otras cortes de soberanillos alemanes igualmente inofensivas. Claro está que también habían de imitarse los juguetes alegórico-mitológicos de la corte de Francia, los bailes de pantomima con su aparato mágico, las óperas sonoras y vacías de sentido, los juegos pastoriles y corridas de aro, las fiestas dedicadas al bello sexo con sus tómbolas, las excursiones en trineo ó coche y todas las infinitas diversiones necias, pueriles que empequeñecen y matan la inteligencia y que de todos modos causaban grandísimos dispendios en dinero y tiempo que era lo que se quería tanto en Versalles como en las copias diminutas y bufonescas alemanas. La dilapidación que una nación grande y próspera como la Francia podía á duras penas permitir á su monarca, fué imitada también por los señores de los pequesísimos territorios en que ha estado siempre dividida la Alemania, sobre los cuales como consecuencia natural vinieron á gravar cuantiosas deudas.

Las orgías de estos reyezuelos y de sus privados y favoritas, el lujo de trajes y de mesa y la furia de hacer palacios esquilmaron á los pueblos y agotaron todos sus recursos. Una sola querida del elector de Sajonia, Augusto el Fuerte (1), la condesa de Cosel, costó á este príncipe 2 millones de talers (7 millones de pesetas próximamente); y cuando fué elegido rey de Polonia, llevó á su entrada solemne en Cracovia un traje que se estimó en unos 4 millones de pesetas. La hija del ya citado elector de Brandeburgo Federico III llevaba el día de su boda un traje y adornos tan preciosos, que solo los diamantes valían 4 millones de talers (14 millones de pesetas); en la mesa principal se presentaron aquel día en media hora 500 platos con manjares solo para los altos personajes, mientras que la gente palaciega y cortesana comía en otras 86 mesas preparadas para ella. El padre de este príncipe, el gran elector, vencedor de los suecos, había ya enseñado el camino sosteniendo una corte igualmente ostentosa. En fin en el cuadro que presentaban las cortes alemanas se unían á la rudeza primitiva y á la carencia de gusto, una pretendida elegancia que no pasaba de un ceremonial tieso, una ostentosa inmoralidad y una disipación desenfrenada. El primer aventurero francés que se ofrecía como maestro de costumbres elegantes era recibido con grandes honores y brillantemente retribuido; si el tal aventurero se presentaba como entendido en montería, recibía, como uno que apareció en la pequeña corte de Celle en 1682, cerca de 1500 pesetas mas de paga que el noble encargado de la administración y conservación de montes y caza. Los secretarios del monarca cobraban allí anualmente: el italiano 1730 pesetas, el francés 1050 y el alemán 800; en cambio cobraba hasta un

(1) Por su fuerza corporal; se dice que doblaba una herradura, un peso fuerte, arrollaba un plato de plata como una servilleta y tuvo un día un corneta sentado en su mano extendida sobre una sima.

muletero francés 721 pesetas al año y su colega alemán solo 270, ó sean $22\frac{1}{2}$ pesetas al mes.

La influencia que estas innumerables cortes ejercieron sobre el pueblo no pudo ser mas lamentable; porque la Alemania tenia que sufrir mas miseria, una opresion y un despotismo mas duros y mas tiránicos que la Francia, la cual solo tenia que mantener una sola corte, mientras en Alemania habia una legion de ellas, además de los señoríos feudales con sus pechos, gabelas y prestaciones. Además faltábale á Alemania el aura vivificadora de grandes y elevados fines, el genio mas despejado y el campo mas vasto de que disfrutaba la actividad francesa. En Alemania era el principe un déspota; los nobles se arrastraban á los piés de su superior, pero se mostraban brutales y soberbios con sus inferiores: y el pueblo servil y embrutecido en su esclavitud secular, y como esclavo, sutil para distinguir de grados, clases, categorías y castas, reducidas por lo demás sus ideas á cortísimo numero, que no pasaban el horizonte de la aldea, carecia hasta de la mas leve chispa de sentimiento de independencia y dignidad individual, y estaba dispuesto siempre á ver en cualquier superior un sér semi divino, al cual debia la sumision mas completa y una admiracion ilimitada bajo todos conceptos; como aquel escritorzuelo y compositor que entonces escribió al insignificante landgrave de Hesse Luis, entre otras adulaciones repugnantes: «Si Dios no fuera ya Dios, ¿quién tendria mas derecho de serlo que Su Alteza Serenísima?»

El afrancesamiento de las cortes y de la alta aristocracia se comunicó en breve á todas las clases de la poblacion, por supuesto desfigurado con la pesada rudeza germánica. Chapurrar y desollar la lengua francesa, despreciar la tosca y pesada lengua materna, ó mezclar cuando menos en el discurso cuantos mas vocablos franceses se podia, era considerado como signo inseparable de distincion, de finura y de elegancia. A todo el mundo extasiaban, por supuesto sin poderlos imitar, el trato social amable, los modales agraciados, la actitud tan flexible como digna de los franceses; y luego su fácil conciencia y su genio poco dado á pensamientos melancólicos, la afición siempre placentera y poco escrupulosa tratándose de cosas sensuales y agradables, mas al alcance de las inteligencias y capacidades del pueblo alemán. Todas las clases de la sociedad estaban como embriagadas y se esforzaban á porfia por imitar las modas, trajes, usos, movimientos, abusos, inmoralidades y genio frívolo de los franceses, naturalmente con la inseparable y no pocas veces divertida dosis de pedantería y aire pueril de suficiencia. Antes de tomar Luis XIV en sus manos las riendas del gobierno, satirizaba ya el escritor alemán Logau en sus epigramas los vestidos y costumbres «á la moda». Esta palabra «á la moda» viene á cuadrar perfectamente á fuer de sello característico á los alemanes de aquella época. Otro autor, Moscherosch, en su excelente obra: «Filandro de Sittewalt», tiene por la mayor de las locuras la de la moda, y toda la cólera y odio del autor se dirigen contra los franceses como origen y causa de esta epidemia. El mismo Leibnitz, que en lugar de servirse de su idioma materno, escribió casi todas sus obras en latin ó en francés, exclama en sus *Axiomas*: «Desde las paces de Munster y de Westfalia vienen dominando entre nosotros el poder y el idioma de Francia, país que se ha tomado en cierta manera por patron y modelo de todo lo que es agraciado y elegante; y nuestra generacion jóven no se ha contentado con exponer á su patria al ludibrio de los extranjeros, sino que la mira tambien con desprecio, y por falta de conocimiento les repugnan el idioma y las costumbres patrias, repugnancia que conservan despues hasta la vejez. Mucho tiempo hace que esta gente afrancesada rige los destinos de

la Alemania, y si no han entregado al país por completo y materialmente á la Francia, ha faltado muy poco para ello, y entre tanto han hecho á su patria esclava de la lengua y de las modas francesas.» ¡Con qué viveza escarnece el poeta Lauremberg en sus sátiras, tan magistralmente escritas en bajo alemán, la moda de imitar todo lo que es francés! En su tercera sátira dice que los franceses han desnarizado el idioma alemán y le han pegado otra nariz extraña que no se aviene con el oído alemán; y que «ahora pueden oirse en los establos expresiones como: *Munsor*, sírvase V., si no le repugna, sacar el estiercol.» Cuando se lee en un autor hamburgués que escribía sobre música el chapurrado siguiente: «Es la mayor *bassesse* de un *mauvais goût*, é indicio de un pésimo *esprit* en el *auditorii*, que no se sepa representar ninguna ópera en Hamburgo sin *arlequin*,» no se puede menos de dar la razon á los que como Lauremberg fustigaban tan ridículo empeño de parecer afrancesados. Sin embargo toda la oposicion de los eruditos y poetas patriotas fué impotente contra esta invasion que debia su origen á la superioridad positiva é innegable de la Francia sobre la Alemania de entonces. Era la influencia irresistible de la civilizacion, que iba creciendo en lugar de disminuir y que se imponia á las mujeres como á los hombres. En el último decenio del siglo XVII, reprendió un autor á los alemanes, sus compatriotas, diciendo: «Hoy todo ha de ser francés, el habla, el vestido, los manjares, el ajuar, los bailes y la música. Parece que el espíritu francés, falaz, orgulloso y relajado nos tiene aletargados con sus aduladoras frases.»

Ocioso es decir que tambien en la literatura alemana se hizo dominante el espíritu afrancesado. En la primera mitad del siglo XVII era la poesia alemana discipula de la entonces dominante escuela idealista italiana, cuyos maestros eran Tasso y Ruccellai. Esta direccion siguió todavía Martin Opitz que se esforzó por amalgamar la poesia antigua con los rudimentos de la alemana, como Tasso y Ruccelli querian hermanar la primera con la italiana popular, como nietos que eran y no ya hijos del primer renacimiento. El propósito excedia de las fuerzas de Opitz, que además de no tener el suficiente talento para ello, habria tenido que crear primero un público y un idioma apto para este objeto, como los encontraron despues los príncipes del Parnaso alemán. De todos modos merecen sincero aplauso sus esfuerzos por levantar el idioma alemán á la soberbia altura de aquellos idiomas extranjeros, mientras rebotaba su corazón de amor á la libertad y á la patria. Quiso fundar con el idioma vulgar alemán una escuela poética á la altura de la neo-latina adornada de la misma flexibilidad y riqueza de formas; y si otro genio mas poderoso hubiese continuado en el mismo rumbo, habria sido grandísimo el resultado; pero en lugar de esto, cayeron los autores alemanes en la senda de la cual dice el mismo Opitz: «Si se abriese y examinase el corazón de cada uno de estos alemanes aficionados á correr detrás de lo nuevo, se encontrarían las cinco octavas partes francesas, una española, una italiana y la última apenas alemana.» Llámanse la escuela de Opitz, la primera de Silesia, de cuya provincia era hijo. Inmediatamente fué seguida de la segunda escuela de Silesia en que predominan ya completamente todos los defectos del amaneramiento que caracteriza la poesia lírica y las novelas de Pélissou y de la Scudery. Las obras de esta escuela son insustanciales á la vez que atrevidas, descocadas, é inverosímiles; el estilo es forzado, repugnante por su forma culterana y sus versos acrobáticos á fuerza de artificios, por el abuso de adjetivos y de los contrastes rebuscados y arguciosos. Los héroes de los dramas de Andrés Gryphius de Glogau, que vivió desde 1616 hasta 1664, ya no son personas humanas, sino que son ó seres sobrenaturales de una

virtud inquebrantable y que van á los tormentos y la muerte con aire de soberbia indómita y de arrobamiento místico, ó personas de una perversidad satánica que se deleitan en los crímenes y los cometen en todas partes y ocasiones. Es decir, que hay exageracion en todo, ¿Quién no se acuerda aquí de Corneille? Efectivamente, ¿quién sabe lo que habria sido Gryphius si hubiese tenido como aquel una corte de Paris, un idioma formado y pulido como el francés, el gran público y los autores eminentes de la Francia del siglo XVII? Este Gryphius tenia un excelente fondo que no pudo llegar á florecer por la corriente afrancesada y por la rudeza de sus compatriotas. No puede decirse otro tanto del edil de Breslau Cristiano Hoffmann de Hoffmannswaldau que vivió desde 1618 hasta 1679, cuyas poesías repugnan simplemente por la pretenciosa y glacial aromatizacion con que pinta el amor mas sensual y lúbrico en sutiles antitesis, epigramas y contrastes aparentes, unidos á una exuberancia fastidiosa y á la pedantería de un poetaastro. Finalmente, el licenciado en jurisprudencia Gaspar de Lohenstein, que nació en el año 1635 y murió en 1683, poeta lírico y dramático, compuso obras que todas se reducen á aventuras amorosas de la clase mas baja, sin siquiera una chispa de estro poético, y todo escrito en un estilo rebuscado, lleno de sutiles argucias y oraciones que acaban con la paciencia mas ejemplar. El trabajo material y de cálculo ahoga en él todo sentimiento natural que luego quiere suplir con gongorismos y una gravedad postiza. Júzguese ahora del estado de cultura de Alemania en aquella época sabiendo que estos dos últimos poetas, Hoffmann y Lohenstein, eran la admiracion y la delicia de todos los alemanes, que en medio de su afán por el francés no habian olvidado del todo el habla y la poesia de su patria.

En esto surgió en Francia Boileau, con su doctrina afilada y enjuta, sus versos cuidadosamente limados y pulidos. Este autor á falta de otro mérito, por lo menos tuvo el de acabar con el necio y ampuloso campanilleo de agudezas y frases huecas de las novelas pastoriles y caballerescas y del lirismo su compañero inseparable. Boileau inmediatamente se hizo de moda tambien en Alemania, lo cual ya era un progreso sobre lo existente; y aunque no produjo esta contracorriente ningun poeta, ni aun pequeño, no dejó de aquilatar un tanto el falso gusto hasta entonces dominante. A este progreso coadyuvó la lectura de los «clásicos» franceses que se hizo moda. Las obras de Corneille, Racine y de sus imitadores fueron verdidas repetidas veces al alemán en la segunda mitad del siglo XVII, y luego imitadas libremente. Tambien encontró grandes simpatías Molière; y en las fiestas de carnaval del año 1690 se representaron nada menos que siete comedias de este autor en Torgau, incluso el *Misántropo*, verdidas al alemán.

Seria altamente injusto querer condenar esta influencia francesa sobre la literatura alemana, como lo hizo despues Lussing, movido por su espíritu, muy justificado ciertamente de reaccion, en favor de una literatura original de su patria. Por el contrario, este influjo, por el mérito relativamente grande de los autores de la época de Luis XIV, hubiera sido el único medio de hacer desaparecer la increíble tosquedad y estúpido descaro que caracteriza las producciones originales alemanas de aquel tiempo; y habria dado lugar á que se fundara sobre aquella base una literatura mas satisfactoria y un gusto mas culto y delicado; pero resultó que el espíritu literario francés permaneció extraño para el carácter alemán y no produjo de consiguiente efecto alguno. La gran masa del pueblo alemán no comprendió ni encontró gracia ni sentido alguno en los bellos discursos del viejo Horacio, del Cid, de la Ester, del Hipólito de las tragedias clásicas fran-

cesas, ni menos en las pinturas sutiles y tan profundamente fisiológicas del *Plebeo ennoblecido* ó del *Misántropo*; el público continuó como antes prefiriendo los barracones de feria, donde se representaban escenas patibularias con gran pompa de sangre y de horror, alternando con bromas arlequinescas de una grosería que excedía los límites de lo creíble. En resumen, el carácter general del pueblo alemán en la segunda mitad del siglo XVII era en las clases distinguidas afrancesado, repugnante por lo ficticio; y rústico y tosco en las clases bajas.

En el arte, despues de la guerra de los Treinta años, desapareció en Alemania tambien toda originalidad é independencia de iniciativa. Durante aquella lucha horrible habia producido este país varios talentos de segundo orden, muy notables, como Joaquin de Sandrart de Frankfort (1605 á 1668), discipulo del holandés Gerardo Honthorst, pertenecientes ambos á la escuela entonces dominante en todos los países, á saber la de los Caravaggi, que con sumo arte y perfeccion de formas procuraba efectos nuevos, originales y propios para producir una impresion general extraordinaria. Como á su maestro, le gustaba á Sandrart en sus cuadros la luz artificial y viva. Sus composiciones son un tanto forzadas; pero las cabezas de sus figuras están bien entendidas y son características. Pareciasele Mateo Merian, que además se distinguió mucho como grabador en cobre, en cuyo arte produjo obras como su contemporáneo Wenceslao Hollar, en las cuales hay tanta verdad, naturalidad, genio, sentimiento delicado y trabajo delicadísimo que parecen dotadas de vida las figuras, y evidencian en ambos un sentimiento artístico verdadero. Pronto acabó tambien esta aurora brillante; la pintura no podia librarse de las ligaduras que embargaban el ingenio nacional alemán, y abandonó como éste su originalidad y la conciencia de su vida propia, perdiendo poco á poco, en la imitacion maquina y servil de los modelos franceses é italianos, hasta la habilidad y maestría técnicas.

Mas todavía que en la pintura impúsose el gusto francés en la arquitectura, con motivo de los grandes palacios que levantó Luis XIV, y que excitaron la admiracion de toda la Europa, y la envidia indomable de los príncipes alemanes. Cada uno de estos quiso tener un Versalles y un Trianon, cuyas fábricas tuvieron que imitar bien ó mal todos los arquitectos, olvidando la abundante y animada plenitud y rica distribucion del estilo del renacimiento, para presentar en sus obras la majestad glacial y la monotonía de las grandes moles que caracterizan las fábricas modelos de Luis XIV. El gran elector de Brandeburgo fué quien introdujo este estilo en Berlin su capital, siendo su arquitecto Juan Nehring, en otros conceptos artista de excelentes dotes. Este, entre otras obras, hizo los planos del arsenal de aquella ciudad; pero en sus demás trabajos era partidario de la linea recta y monótona y de ese estilo falto de ideas que exige que hasta las casas de las calles sean iguales entre sí como dos filas de soldados en parada. El absolutismo ilimitado que desde Francia se extendió por toda la Europa no permitía la menor individualidad ni el menor signo de independencia ni en las personas ni en las casas; así lo demuestran las capitales creadas, ensanchadas ó renovadas y rectificadas en aquella época, con sus calles prolongadas rectas y monótonas, como lo demuestra el ensanche de Berlin llamado Friedrichstadt, que es obra del citado arquitecto Nehring. Despues de Berlin, fué Dresde otro centro de la arquitectura afrancesada; el palacio de Kraeger construido en el jardín grande por el año 1680 es una especie de Versalles en miniatura; y así son todos los demás innumerables palacios que los príncipes y principillos de aquella época levantaron en

todos los países y villas de Alemania; todos son copias del mismo modelo, todos imitaciones serviles de las grandes fábricas que servían de residencia al rey de Francia.

Habia aquí y allá algún germen de otra escuela mejor; pero latente y aletargado, que no empezó a brotar y desarrollarse hasta el final de aquel siglo.

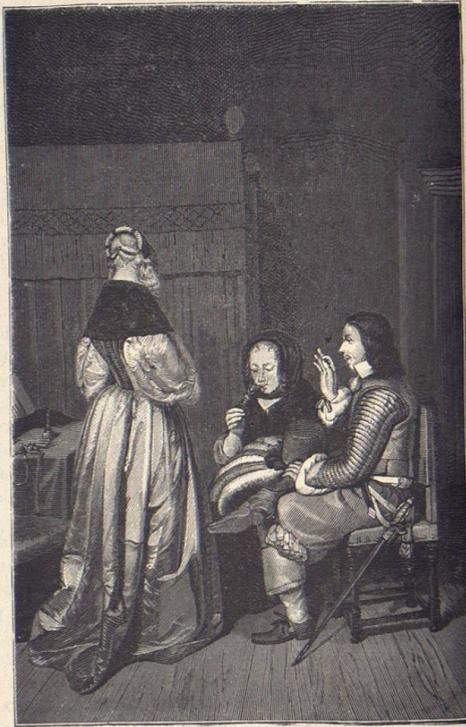
En Holanda penetró aun más si cabe en las masas la influencia francesa, porque el pueblo holandés era infinitamente más opulento, más instruido y más libre en aquel tiempo que el alemán, y sufría esta influencia desde mucho antes. Sus hombres de Estado y sus príncipes estaban acostumbrados desde siglos a manejar el idioma francés de palabra y por escrito; y de sus cancellerías, de las discusiones y documentos de sus parlamentos ó diputaciones habían pasado muchos vocablos franceses al idioma vulgar holandés, formando naturalmente un singular contraste con la sencillez primitiva y archigermánica de este último. Hooft, que vivió desde 1581 hasta 1647, es considerado como el fundador de la poesía holandesa y pertenece por su índole a la misma escuela que el alemán Opitz, es decir que quería imitar á Taso é introducir en el elemento popular el clasicismo del renacimiento. Su sucesor Joost van den Vondel, celebrado con razón como el primer poeta lírico holandés, y que nació en 1587 y murió en 1679, ya siguió otro rumbo, y se dedicó principalmente al drama, en cuyo ramo no llegó, sin embargo, á la altura de Hooft, ni en lozanía, ni en naturalidad, ni en gracejo. «Dobló su cuello bajo el yugo de los clásicos, dice de él el crítico Jonckbloet; en ellos buscaba las leyes que debía seguir, pero que no se arraigaron en su genio.» Trabajó más con el entendimiento y el cálculo que con el corazón y la imaginación, como Racine; empleaba discursos larguísimo y frases retumbantes, en lugar del lenguaje del corazón y de la pasión, palabrería en lugar de movimiento, y observaba más á Aristóteles y sus comentaristas filólogos que las leyes naturales y la verdad poética. En su tragedia *Jefú*, escrita en 1659, es decir bajo la influencia de los dramas de Corneille, pretendió dar su obra maestra, pero no hace más que presentar efectos chillones, muy á propósito para permitirle ensartar frases alisonantes, sin que se encuentre en ella el menor vestigio de un carácter preciso, verdadero y conmovedor. En las escenas destinadas á presentar el extremo de la pasión emplea un lenguaje rebuscado y demasiado retórico, para ser la expresión de un sentimiento verdadero. Allí no hay nada de color local ni de época determinada; allí habla Sansón como Salmoneo, rey de Elide, y el emperador de la China Sung Chin como los príncipes hermanos bávaros, y todos estos como si fuesen caballeros nobles y bien educados de Bruselas ó de París. Decía que la musa trágica tenía la misión de describir las revoluciones de los grandes Estados, ó la suerte y desgracia de personas de ilustre prosapia. Todo esto es indudablemente el reflejo de los dramaturgos franceses, á juzgar por la semejanza demasiado grande entre Vondel y ellos. Por esto mismo no tardaron en ser traducidas al idioma holandés y representadas las tragedias de Corneille y Racine. Vondel, como puede suponerse, encontró entre sus contemporáneos la aceptación más entusiasta, y tuvo muchos discípulos. El más distinguido de estos fue Joaquín Oudaan (1628 á 1692), maestro en la parte mecánica ó técnica del arte dramático, por supuesto alisonante y tieso, pero frío y pobre en sentimientos y expresiones poéticas. Su época tan afrancesada le ensalzó en estos términos:

«Homero y Virgilio han renacido en Vondel;

»Pero con elevación mucho mayor en la disposición de sus obras exentas de inverosimilitudes.»

Léase: de imaginación y sentimiento poéticos.

En el arte, por lo menos en el ramo que los holandeses modernos cultivan casi exclusivamente, en la pintura, supieron mantenerse libres de la influencia francesa y mantener su originalidad y sello característico, excepto algunos contados pintores de historia, partidarios de la escuela que floreció en Italia después de la de los Caravaggi. La gran mayoría y entre ella los mejores artistas holandeses siguieron la senda nacional. Verdad es que los gigantes y héroes del arte



Amonestacion paterna, cuadro de Gerardo Terburg

holandés ya no tienen hoy la importancia que tuvieron; los Rubens y Van Dyck han salido ya de la escena, y otros como Rembrandt y Van der Helst están terminando su gran papel; pero nació y floreció una segunda serie y produjo las obras maestras de una nueva clase, la pintura de género, en la cual presentan los artistas holandeses generalmente en cuadros de dimensiones reducidas, pero con la última perfección técnica y los contrastes más sorprendentes de luz, color y sombra, escenas de la vida popular é íntima en todas las clases de la sociedad, cada una con su carácter y sello particulares, sus intereses, móviles, pasiones y ocupaciones especiales, el tráfico, la vida doméstica, la de la calle y de las plazas con toda su variedad pintoresca; las escenas y percances de la guerra; todo con una maestría que regocija la vista y el corazón, ya por el buen humor natural, aunque rudo, según el carácter popular, ya por la imaginación más monstruosa y la tendencia á lo extravagante que deja al espectador sorprendido y estupefacto. Así era el pueblo holandés del siglo XVII, valiente é intrépido en el mar, atrevido en sus empresas, vigoroso, tosco, material y sensual, amigo y defensor de su libertad é independencia, aficionado á bromas rudas, á menudo groseras y al propio tiempo amigo de las bellas artes. Destácanse en este género de pintura David Teniers el Joven

maestro del buen humor más loco y desenfrenado, de la broma satírica, así como de la representación finísima de tipos populares. Menos poético, pero más escrupuloso en la parte técnica, era Adriano van Ostade que nació en Lubeck; además debemos citar, á Van Steen el alegre tabernero de Leiden, que retrata en sus cuadros los efectos de sus bebidas sobre todas las clases de la sociedad, y como en todos los países del Norte los hombres sin excepción son amigos de excederse en este concepto, los tales cuadros son como el verdadero lazo de unión entre el arte y el pueblo. Vienen luego los maestros que se ocupaban con preferencia en pintar escenas de las clases más distinguidas, como Gerardo Terburg, el maestro más noble é ideal de esta sección, en cuyos cuadros campean la naturalidad, la exactitud en la pintura de los usos y costumbres, el decoro, la distinción y actitud reservada y atenta de las personas pertenecientes á la sociedad más culta. Además se distinguen sus cuadros por la maravillosa naturalidad de las riquísimas telas que pinta, por la sencillez y el buen gusto de los accesorios y por la finísima individualización de las personas. Fué seguido en esta senda por Gerardo Dow, que heredó de Rembrandt, su maestro, la más sorprendente habilidad para producir los grandes efectos de luz, y cuyos cuadros se cuentan entre los mejores y más interesantes que en este ramo sin pretensiones de la pintura se han producido. Innumerables son los artistas que pertenecen á la escuela de Terburg y Dow, como Metz, Miéris, Netscher, Schalk y otros muchos que demuestran la vida, la fuerza creadora y la fecundidad de aquella generación. Otros talentos se extasiaban en la contemplación afectuosa del mundo que les rodeaba y presentaban en sus cuadros, á los hombres, á la naturaleza viva y muerta, grande y pequeña, con una exactitud tan minuciosa como admirable y que se observa igualmente en los cuadros de género. En los paisajes, tan incomparables, de los artistas holandeses no se encuentra nada de lo forzado, rebuscado, convencional y frío de Claudio Lorenés y de su escuela; no se anda á caza de grandes efectos ni de una idealización falsa, ni hay tampoco amaramiento; allí solo se trasluce la tranquilidad serena y varonil, la conciencia de la estrecha unión entre el alma humana y la naturaleza; un sentimiento delicadísimo de la belleza de los paisajes septentrionales, fidelidad y esmero en los detalles, sin que lleguen á prevalecer ni perjudicar al efecto general. ¿Quién no conoce y admira las obras de Ruisdael que vivió desde 1635 hasta 1681, el héroe en este ramo? De él dice Francisco Kugler que: «presenta en sus obras, como Claudio de Lorena, la mano del autor supremo de la naturaleza; mas no nos pinta esta naturaleza tan idealizada, que necesite una explicación; no la coloca en una región más elevada para divinizarla ni la engalana para ofrecerla á la vista; nada de esto necesita Ruisdael que sabe descubrir la exuberante vida todavía no reglamentada ni clasificada por el hombre, de que rebosan los prados, las nubes impulsadas por el viento, el susurro suave y el fragor de los árboles y de las aguas. En sus cuadros renace el culto de las fuerzas naturales que practican los salvajes y practicaban, según cuenta Tácito, los antiguos germanos». En efecto, Ruisdael es un verdadero germano, un alma absorta en la tranquila contemplación de los atractivos de la naturaleza siempre hermosa. Entre sus innumerables discípulos hay muchos de grande y especial mérito, como Hobbema, de Vries y otros.

A estos se agregan las marinas de Backhuisens, copias naturalísimas de la realidad, ora represente la superficie del mar, tersa, reflejando el sol y como atrayendo al espectador á la confianza, ora ligeramente rizada, ora finalmente en otros cuadros en todo el furor desencadenado, espantoso é irresistible de las olas enfurecidas.

Cierto es que esta pintura holandesa no llegó á resolver los problemas más elevados del arte, y que está muy distante de la última perfección; pero así y todo consuela, recrea y halaga la vista y el corazón con su vida natural, animada, fresca, libre de las trabas artificiales de lo convencional y que con su rudo pero verdadero sentimiento se burla de la cortesía mentida é hipócrita ofreciendo un halagador contraste con las obras torneadas, pulidas, falsas, ceremoniosas, faltas de pensamientos y de corazón, ostentosas y serviles, que creó en todos los ramos del arte la Francia de Luis XIV, y que de allí se impusieron al resto de Europa.

La Inglaterra oficial también estaba cortada enteramente por el patron francés, pues que su rey Carlos II no era más que un vasallo asalariado de Luis XIV residente en la corte de aquel país. Después de haber pasado muchos años en el destierro, no pensaron Carlos II y las personas que le rodeaban más que en desquitarse de aquella miseria creándose una vida ostentosa y alegre al estilo de la de Versalles, que para ellos era el bello ideal de la monarquía, con sus halagos y excitaciones sensuales é intelectuales; y como el sol de la corte francesa era el mejor aliado del monarca inglés, claro está que la imitación de todo lo que era francés, había de mirarse en el palacio de Whitehall como una prueba de fidelidad al monarca. En su consecuencia la aristocracia inglesa y los que de ella dependían y la seguían se entregaron al fausto, á las fiestas de extravagante pompa, al carácter liviano é incrédulo y á los excesos refinados de su modelo francés. El lenguaje, el modo de pensar y de escribir habían de corresponder á este modelo, y el mismo carácter frívolo y alegre se impuso á la literatura con exclusión de todo lo que pudiera conmovér y cansar el ánimo. Esta corriente afrancesada invadió con una fuerza y rapidez irresistibles las clases más instruidas y principalmente después de la alta aristocracia la población de las ciudades, ya por el ejemplo que daba aquella, ya por efecto de una reacción bastante justificada contra la corriente puritana. Los puritanos habían prohibido durante el tiempo de su gobierno, no solamente las diversiones rudas y groseras como las riñas de gallos, el pugilato y el manteamiento de osos, sino en general todos los espectáculos, hasta los más inocentes, como las fiestas anuales al patron de la iglesia en las aldeas, las representaciones teatrales y los bailes. El mismo Cromwell había hecho cerrar todas las casas donde se vendían bebidas, exceptuando solo aquellas posadas y ventas en los caminos y poblaciones, que eran forzosamente necesarias para alojar y dar de comer á los transeúntes y forasteros. La «vieja y alegre Inglaterra» había soportado esta prohibición tenebrosa de todo recreo cediendo solo á la fuerza, pero apenas cesó la prohibición, se precipitó con mayor avidez en el torbellino de sus placeres habituales. Como una muestra de protesta y de reacción contra el sistema ceñido y misántropo de «las cabezas redondas», tenemos el *Hudibras* de Butler, en el cual escarnece este autor sin misericordia el régimen puritano. Esta poesía, por cierto necia y chocarrera, encontró en su tiempo tan general aplauso, que se hizo el libro favorito de todas las clases de la población; el rey Carlos II lo llevaba constantemente en el bolsillo y lo citaba á cada instante; tan grande era el odio contra los «santones» y tan popular se hizo todo lo que presentaba el extremo opuesto.

Esta disposición de los ánimos tuvo una influencia muy favorable en el teatro. Cuanto más le habían perseguido los puritanos, tanto más se presentó su reapertura como una prueba de la victoria de la monarquía sobre aquel régimen, al mismo tiempo que fué hábil procedimiento para atraer el favor del público. Tal afición mostró este á asistir á los espectáculos teatrales, que innumerables poetas se apresuraron á